

CAPÍTULO 2

PROPÓSITOS DE DIOS AL CREAR AL HOMBRE

Triple propósito de Dios al crear al hombre. Al crear al hombre, Dios no lo colocó al azar sobre la tierra. La creación del hombre no fue un experimento por parte de Dios. El Creador tenía propósitos definidos y claros. Veamos a continuación algunos de ellos:

1. Dios creó al hombre para poblar al mundo. En Isaías 45:18 el profeta declara: “Así dice Jehová, el que creó los cielos, él es Dios el que formó la tierra y la compuso, no la creó en vano; para que fuese habitada la creó”. Por lo tanto, Dios al crear al hombre y a la mujer, les dio la facultad de reproducirse, procreando seres semejantes a ellos y de la misma especie. A pesar del pecado, el propósito de Dios de poblar la tierra se ha cumplido.
2. Dios creó al hombre para su gloria. En el mismo libro, pero ahora en el capítulo 43 versículo 7, Isaías declara: “A todos los que llevan mi nombre, para gloria mía los he creado”. A causa del pecado, el hombre no ha tributado la gloria debida al Creador. Los hombres han ignorado a Dios, otros lo han negado y aun otros lo desafían. Pero las Escrituras anticipan el día cuando delante de Dios y del Cordero, toda rodilla se doblará. Aun los impíos confesarán y dirán: “Al que está sentado en el trono y al Cordero, sean la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:13).
3. Dios creó al hombre para repoblar el universo. Satanás, el enemigo de Dios, había seducido y engañado a la tercera parte de los ángeles y estos habían sido arrojados del cielo, juntamente con él. San Juan, en el Apocalipsis, nos presenta este trágico acontecimiento en palabras claras y contundentes (Apocalipsis 12:4, 6). A fin de repoblar el universo, Dios se dio a la tarea de formar al hombre (*Maravillosa gracia*, 344).

La obediencia como base de la felicidad edénica. La condición esencial para que el hombre pudiese vivir eternamente en el hogar edénico del cual nos hablan los primeros dos capítulos del primer libro de la Biblia, era la obediencia; la obediencia absoluta a los requerimientos divinos. No había muchas reglas que obedecer, era solo una: “Pero del árbol que está en medio del huerto dijo Dios, no comáis de él ni le toquéis, para que no muráis” (Génesis 3:3). De la observancia de ese principio divino dependía la felicidad de nuestros primeros padres y de toda su posteridad. Dichoso hubiese sido el porvenir de la familia humana; glorioso su destino, si ellos hubieran obedecido la orden divina.

El pecado separó al hombre de su Creador. Antes de la caída, Dios se comunicaba con el hombre cara a cara. La relación entre Dios y sus criaturas inocentes era franca, abierta, sincera y total. Hablaban sin intermediarios, sin velo alguno que los separara de la santa presencia de Dios. Como el padre habla con el hijo, o la madre con la hija; como el hermano con el hermano. Cada día, de mañana y de tarde, Dios y los ángeles visitaban a la feliz pareja en el Edén. Este sitio se convirtió en una escuela en donde Dios y los ángeles eran los maestros, la naturaleza el libro de texto, y Adán y Eva los alumnos. Maravillosa escuela aquella en la que el mismo Dios, el que formó los mares y extendió los cielos con su poder, era el maestro. Era el plan de Dios que conforme pasaran las edades sin fin, la familia humana fuera asemejándose más y más a su Hacedor y logrando la perfección plena de todas sus facultades.

Mas la desobediencia trajo separación entre Dios y sus criaturas. El pecado levantó una muralla que dividió y alienó al hombre de su Dios. El profeta Isaías refleja muy bien esta realidad: “He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar su rostro de vosotros para no oír” (Isaías 59:1-2). Por el pecado, el hombre no podría comunicarse más con su Dios. Adán y Eva tuvieron que abandonar su hogar edénico y salir para arrostrar las consecuencias de la desobediencia. Su relación se había cortado. De allí en adelante, no podrían ver su rostro y vivir (Éxodo 33:20; Juan 1: 18). Habían quedado incomunicados con la divinidad; estarían a merced del enemigo a quien habían obedecido y quien ahora se convertía en usurpador de los bienes una vez otorgados al hombre. Y así hubiera permanecido el hombre por las edades sin fin, si Dios no hubiese restablecido la comunicación mediante sus santos profetas.

Patriarcas y profetas en la página 382 declara:

“Desde que pecaron nuestros primeros padres, no ha habido comunicación directa entre Dios y el hombre. El Padre puso el mundo en manos de Cristo para que por su obra mediadora redimiera al hombre y vindicara la autoridad y santidad de la ley divina.

“Toda comunicación entre el cielo y la raza caída se ha hecho por medio de Cristo. Fue el Hijo de Dios quien dio a nuestros primeros padres la promesa de la redención. Fue él quien se reveló a los patriarcas.... Estos santos varones de antaño (los patriarcas) comulgaron con el Salvador que iba a venir al mundo en carne humana; y algunos de ellos hablaron cara a cara con Cristo y con sus ángeles celestiales.

“Fue Cristo quien habló a su pueblo por medio de los profetas... Es la voz de Cristo la que nos habla por medio del Antiguo Testamento”.